

¿SUEÑA EL GÓLEM CON OVEJAS DE BARRO?

Alfredo Ramírez Vega

Image not found.

Capítulo 1

Es la frustración
algo muy común
entre el más común
de los mortales,
es algo que nunca
pasará de moda.

Escribió Borges
sobre un rabino
que creó una forma humana
a partir del barro,
y la bautizó con el nombre
de Gólem.

Quiso este rabino
quizá compararse a su creador,
y sentir el poder infinito
de saberse creador de la vida,
de jugar por un momento a ser dios,
de ocupar el lugar primordial
en el celeste panteón,
pero, en lugar de elegir el camino
del amor, y engendrar vida
sembrando el mundo de niños

como desde el principio de los tiempos
hicieran los hijos de Eva,
eligió la senda de la hechicería,
las artes más altas y secretas.
Se entregó a complejas cábalas,
a nigrománticos tratados
y arcanas filosofías,
desenredó antiguos hilos olvidados
hasta que siguiendo el invisible hilo
logró dar con la ignota fuente de la vida,
y a una bola de barro
que él mismo había moldeado
con una forma que quizá
hubiera podido parecer humana
insufló el aliento.
Sintieron barro y rabino
un estremecimiento,
y cual doctor Frankenstein
éste gritó – ¡Está vivo! -,
y no cupo en sí de gozo
de saber su esfuerzo recompensado
al haber logrado lo que nunca antes
ningún mortal había logrado.

Se sintió tal vez como un dios,
miró a su criatura y tal vez pensó:
- Yo te creé, y el siguiente paso a dar
será sacarte una costilla
para, a partir de ella
crearte una compañera
humilde y sencilla,
y cuando tengáis descendencia
y pobléis de vida mi jardín
yo seré el dios de un nuevo mundo
y de una nueva raza
creada por mí,
e impondré mis leyes,
e impartiré justicia,
y vosotros y vuestra descendencia
me reverenciareis con los honores
que, por vuestra parte, como vuestro creador,
sin duda me merezco –

Tal fue lo que sin dudar pensó el rabino.

(Esto no lo dice Borges,
pero yo lo imagino)

Pero pasó el tiempo.

El pobre Gólem

no logró hallar el modo de ser más
que una simple bola de barro
que caminaba en la oscuridad.
El rabino se esforzó,
intento enseñar al Gólem,
intento mostrarle los profundos secretos
que se ocultaban detrás
de la simple apariencia de las cosas.
Mas fueron todas sus lecciones infructuosas.
El Gólem jamás fue incapaz de aprender
ninguna otra cosa más allá de cómo poner
un pie detrás de otro
y llegar a avanzar sin caer,
y, si acaso, llegar a balbucear
algunas frases no demasiado complejas
(esto tampoco lo cuenta Borges,
pero yo lo adivino
en los estériles y desesperados
intentos del rabino).
Tal vergüenza llegó
a sentir su creador
de tan patética criatura
que nunca lo dejó salir al exterior,

jamás conoció la luz de sol,
ni la luz de la mirada de sus...
¿semejantes?

No, no podría decirse que tal engendro
tuviera nada semejante a ningún ser humano.

De hecho, lo correcto sería decir
que tal engendro no tenía nada semejante
a nada que en toda la creación
hubiera visto jamás la luz del sol.

En muchas noches inquietas
plagadas de pesadillas
y de sudor frío,
el pobre rabino
se despertó gritando
- ¡Debo matarlo! -
pues sabía que su engendro
no merecía poseer el secreto
del milagro de la vida,
pero cuando al Gólem se acercaba
con intenciones asesinas,
el pobre Gólem
en la noche ingenuo despertaba,
y a su creador miraba

con sus enlodados ojos,
y luciendo en su boca un patético
simulacro de sonrisa,
le decía al rabino torpemente: - padre -
Y al rabino el alma se le deshacía,
y la única respuesta que era capaz
de salir de sus labios era:
- Sí, hijo mío, no es tuya la culpa,
sino mía -

Quién sabe cuántas y cuántas noches
el Gólem enlodó aún más el lodo
de sus ojos con tristes lágrimas
al preguntarse qué había hecho él
para no ser quien soñaba ser,
por qué jamás lograría cumplir
las expectativas que su creador
en su ser pusiera,
y por qué la vida le había asaltado
sin preguntarle si la quería,
él, que era tan feliz
siendo tan sólo una bola de barro.